

Madrid / Escena

«A esta edad ya no te permiten que estés mal»

Charo López vuelve a representar 'Carcajada salvaje' 18 años después de su estreno

ESTHER ALVARADO

Lo de Charo López tiene que ser un pacto con el diablo. No es normal que esta mujer de 67 años, con la sonrisa siempre lista en los labios y el brillo bailándole en la mirada, tenga todavía casi intacta esa belleza que la hizo legendaria y esa voz grave que aún pone el vello de punta... Además de la genética, a la que responsabiliza de su piel de terciopelo, el secreto debe ser ese espíritu inquieto que la lleva de proyecto en proyecto sin parar, y la inteligencia con la que promueve y acepta siempre obras que funcionan, como *Dejemos el sexo en paz*, con la que ha estado girando una década y ahora esta *Carcajada salvaje*, de Christopher Durang, que estrenó hace 18 años y que vuelve a interpretar, a partir del 25 de agosto, en el Teatro Bellas Artes.

Poner a la misma actriz y al mismo director ante el mismo texto que trabajaron hace 18 años es una idea del empresario Jesús Cimarro y de su productora, Pentación. Esta vez

no estará acompañada por Abel Vitón, sino por Javier Gurruchaga, con quien trabajar es «un gusto. Es generoso, inteligente y brillante», señala la actriz.

Charo López es Ella, una mujer un tanto desquiciada que vacía sus inquietudes mentales en un monólogo ante el espectador, «riéndome salvajemente dentro de mi propia aflicción», como reza una cita de *Días felices*, de Samuel Beckett. Javier Gurruchaga es Él, el hombre con el que ha soñado y que la ha soñado y que le da la réplica necesaria para que ambos terminen convergiendo en una escena final que a Charo cada vez le gusta más representar.

Pese a que 18 años marcan toda una época, *Carcajada salvaje* fue escrita para perdurar en el tiempo. «La primera vez que la hicimos notamos que era demasiado moderna; hablaba de cosas que se conocían todavía poco en España», explica la protagonista. «Quizá por eso ahora la obra no sólo no ha perdido vigencia, sino que es más actual que nunca».



Charo López, que estrena 'Carcajada salvaje' en el Bellas Artes. / BEGOÑA RIVAS

Aunque podría pensarse que representar la misma obra que hace años aporta tranquilidad, López no lo tiene tan claro: «En esos años han cambiado muchas cosas en el mundo y en mí, y eso no te da ninguna seguridad». Por eso, lejos de ser un trance más fácil de pasar que otro

con una obra desconocida, para su protagonista, «estrenar es estrenar. Es casi como hacer una cosa nueva».

Ella está contentísima con volver a hacerla y, aunque la gira por provincias ya constata que la obra sigue siendo un éxito, confiesa que todavía tiene mariposas en el estómago:

«Cada vez la prueba es más dura. Cuando eres joven dicen: 'Ya aprenderá, ya llegará'. Pero ahora ya no te permiten que estés mal».

Con todo, *Carcajada salvaje*, igual que *La violación de Lucrecia* [con Nuria Espert] o *La vida por delante* [con Concha Velasco] son regalos de experiencia con los que estas mujeres maravillosas bendicen al público. Charo suspira, feliz de que no le haya tocado vivir esa experiencia «inhumana e irracional de que a

«Es inhumano e irracional sacar del catálogo a una actriz madura»

una actriz se la saque del catálogo porque tiene cierta edad».

La salmantina define su carcajada como una «terapia de urgencia, porque hoy no tiene nadie tiempo ni dinero para el psicoanálisis, y de esta forma la gente se vacía de sus problemas y empieza a estar un poco mejor». En este caso, esa catarsis se produce por medio «de la sonrisa que le produce al público reconocerse en las cosas que dicen Él y Ella».

La actriz está encantada de haber vuelto con esta *risa impetuosa*; «porque a mí me gusta hacer obras que tengan que ver con el mundo en el que vivo». Y hacerlas en los lugares más insospechados, como «en un museo marítimo, en un congreso de médicos, o en un salón de bodas», donde haya gente dispuesta a participar en esta obra terapéutica.



El actor madrileño Pablo Rivero, en el papel de Martin von Essenbeck en la obra de teatro 'La caída de los dioses', que se estrena hoy en Matadero Madrid. / ALOJSA REBOLJ

Madrid / Estreno

Pablo Rivero quiere ser el agente Jack Bauer

LUIS TEJERO

Lleva una década siendo Toni Alcántara en la interminable *Cuéntame...*, pero aún se siente un novato. Y lo es, en cierta medida. Porque Pablo Rivero, a punto de cumplir los 31 con un buen puñado de trabajos a sus espaldas, no se había estrenado en el teatro hasta este mismo año. Al fin acaba de dar el paso con *La caída de los dioses*, la adaptación del clásico cinematográfico de Luchino Visconti (1969), que aterriza hoy en Matadero Madrid.

«Me he criado con el cine. El teatro no lo tenía como referencia y nunca he tenido esa sensación de necesitar subirme a las tablas ya mismo», reconoce el actor madrileño. «Pero ahora me ha llegado en el momento justo, después de mucho tiempo en la serie y cuando ya me había quitado el *gusanillo* de hacer películas». Le han empujado también la envergadura de la obra, el «repartazo» —con Belén Rueda a la cabeza— y el estimulante papel que le ha encargado Tomaz Pandur.

Rivero interpreta a Martin von Essenbeck, el hijo del patriarca de una familia aristocrática que se ve envuelta en una sangrienta lucha de poder a raíz del auge del nazismo en la Alemania de los años 30. Figura crucial tanto en el filme como en su versión moderna, Martin es un joven inmoral que comienza disfrazándose de travesti y acaba cayendo en la pedofilia y el incesto.

El listón lo colocó alto el austriaco Helmut Berger —a la postre novio del propio Visconti— llevando a

la pantalla «un personaje muy magnético», como admite Rivero. «El director me pidió que me aprendiera perfectamente lo que Berger hace en la película para luego ser capaz de hacer algo muy distinto, pero al mismo tiempo parecerme bastante si lo necesitáramos», explica. «Lo vi difícilísimo porque soy muy mal imitador. Además, él tiene las cejas arqueadas, una cara muy felina... Sin embargo, con el maquillaje acabé pareciéndome a él más de lo que creía».

Para después del 23 de octubre, cuando la obra se despida de Madrid, el actor espera involucrarse en algún proyecto más ligero, alejado de la trascendencia de *La caída de los dioses*. «Me apetece hacer otro tono más relajado. Una comedia muy loca, una película de terror malísima o un personaje de ficción, un Jack Bauer [el agente antiterrorista de la serie 24]. Quiero cambiar, encontrarme, disfrazarme».

Sólo no le atrae que lo pinten como uno de los *niños bonitos* del cine español. «Nunca me he visto así. De hecho, nunca me piden hacer el *guaperas* ni las niñas se me tiran por la calle», dice sin lamentarse. «No soy carne de cañón y tampoco me han vendido como el chico de moda».